

Agora vengamos al misterio. Pregunto pues: ¿para qué fin aquel artífice soberano crió una cosa tan sutil y tan artificiosa como esta? Porque es imposible haber hecho esto de balde. Todas estas cosas inferiores confesó Aristóteles, que fueron diputadas para servicio del hombre; y así vemos que cada cual en su manera le sirve, ó para mantenerle, ó para vestirle, ó calzarle, ó curarle, ó recrearle, ó doctrinarle con su ejemplo, ó también para castigarle cuando lo mereciere. Vemos pues que estos animalillos para nada desto sirven. Porque así como la sutileza de su artificio declara que Dios lo hizo, así su pequeñez testifica que para ninguna destas cosas lo hizo. Pues ¿para qué fin se puso el Criador á fabricar una cosa de tan gran primor? No se puede negar sino que la hizo para lo que ella nos representa, que es para declarar el infinito poder y saber de quien pudo hacer, en un cuerpecillo tan pequeño, una fábrica tan admirable.

Mas hay aquí otra cosa de mucha consideracion, y es: que así los cielos como todas las otras cosas inferiores (demás de predicar la gloria del Hacedor, y darnos nuevas de su grandeza), sirven también para el uso y provecho de la vida humana. Mas estos animalillos (como dijimos) para nada desto sirven, sino para lo dicho, que es para darnos esas mismas nuevas. Por donde podemos decir, que entre estas dos órdenes de criaturas tan desiguales, hay la diferencia que entre las cartas que nos trae un mensajero propio, y las que nos trae un arriero, que principalmente viene á traer pan á la plaza, ó otra alguna cosa, y de camino nos trae una carta. Porque de aquellas primeras se hace mucho más caso que destas. Pues así decimos, que las criaturas que sirven al provecho del hombre, también nos traen cartas, y nos dan nuevas de la sabiduría y providencia del Criador; mas juntamente con esto vienen á traer pan á la plaza, que es proveer de mantenimiento y vituallas para el hombre. Mas estas son como mensajero propio, que para ninguna otra cosa sirven, sino para darnos nuevas del inmenso poder y sabiduría de quien tales obras pudo hacer. Y en esta misma cuenta, y para este mismo fin ponemos otros infinitos gusarapillos, en cuyos corpezuelos resplandescen este mismo artificio y sutileza susodicha: los cuales por su pequeñez para ningún uso de nuestra vida sirven, sino para solo este. Y no menos sirven para este mismo fin las hormigas, con aquellas tan admirables habilidades que referimos; pues también estas para ningún uso y provecho sirven al hombre. Y cuanto son sus habilidades mayores, y ellas más inútiles, tanto más testifican haber sido ellas criadas para solo este fin. Pues ¿qué diré de un arador, que apenas se ve al rayo del sol? ¿Quién fué poderoso para poner en un cuerpo tan invisible, virtud para moverse, y abrir camino entre cuero y carne, y boca para roer, y mantenerse della? ¡Oh gran Dios, admirable en todas sus obras, y mucho más en las pequeñas y despreciadas, que en las grandes!

Agora veamos en qué viene á parar este tan largo discurso. ¿Qué se infiere de todo lo dicho? Una cosa cierto de inestimable provecho: la cual es, que si aquel soberano artífice crió toda esta infinidad de animalillos para solo este fin (que es mostrarnos aquí la inmensidad de su omnipotencia, de su sabiduría y de su providencia, pues para ninguna otra sirve), síguese que el Criador quiso ser conocido de los hombres, por tal cual aquí

parece. Y si por tal quiso ser conocido, por tal quiso también ser estimado, y adorado, y reverenciado: que es la summa de toda la religion. Esta consideracion sirva para tapar la boca á algunos filósofos desatinados, que negaron la divina Providencia, y por consiguiente la religion y culto de Dios. Porque ¿para qué tengo yo de matarme (l), y trabajar en servicio de un Dios que no ha de tener más cuenta conmigo que un dios de piedra ó palo? Y cuando contra estos alegamos estas mismas virtudes y perfecciones de Dios, que resplandescen en las otras criaturas, que sirven para las necesidades y provision del hombre, respóndennos que esas tienen ya su fin, que es proveer al hombre de lo necesario, y que para solo eso fueron criadas. Y ordenada esta provision para que él y los animales viviesen, no quiso tener más cuenta con el hombre, ni con sus cosas. Pues ¿qué responderán los tales á la fábrica y á las maravillas que vemos en infinitas criaturillas deste género, las cuales cuanto son más pequeñas, tanto son más admirables, y tanto más predicán la gloria del Hacedor? Díganos pues, para qué fin fueron criadas estas, pues no sirven para las necesidades del hombre. Aquí enmudecerán los filósofos locos que negaron la Providencia, ó confesarán que cosas tan admirables sobre cuantas hay criadas, formó Dios de balde, y sin propósito, y sin fin. Lo cual es grandísima locura y blasfemia.

Pues en esto parece que no menos debemos á Dios por haber formado criaturas tan pequeñas, que por las grandes; porque las grandes sirven para proveer á nuestros cuerpos, mas las pequeñas para dotar nuestras ánimas. Y aunque las unas y las otras predicán la gloria y providencia del Criador, pero más testifican estas las pequeñas, pues para ningún otro fin fueron criadas. Porque al argumento de las otras hallaron los filósofos que responder, aunque mal; mas al destas no tienen que poder decir, sino blasfemando, y diciendo, que Dios crió cosas tan admirables de balde.

§. III.

De las arañas.

En esta misma cuenta, y para este mismo fin, que dijimos, sirven las arañas, pues no sirven para el uso de la vida humana, ni son pequeñas las habilidades que el Criador les dió para mantenerse. Su mantenimiento es la sangre de las moscas, y para prenderlas hacen una tela más sutil que cuantas se tejen en el reino de Cambaya, sin otra materia más que la que sacan de su mismo vientre, el cual con ser tan pequeño, basta para dar hilaza á tan grande tela, como á veces hacen. Pues con esta tela cerca el araña el agujero donde está escondida como espía ó como saltador de caminos, que espera el lance para saltar y robar. Y cuando la mosca inocente de tales artes se asienta en aquella tela, y embaraza los picillos en ella, acude el ladrón á gran priesa, y enlázala por todas partes para tenerla más segura. Y esto hecho, salta sobre ella, y chúpale la sangre, de que se mantiene.

Otras hay que hacen sus telas en el aire, echando los hilos sobre que la han de fundar en las ramas de algún árbol, y sobre estos hacen una perfectísima red con sus mallas, como la de un pescador ó cazador, y puestas ellas en medio, esperan el lance de la caza, y corren por aquellos hilos tan delgados, como si corriesen por al-

(l) Cont. quos Aug. saepissimè contr. Manichaeos. et in Psalm. 149.

CAPITULO XIX.

Del fruto de las abejas, y del gusano que hace la seda.

Es tan admirable el Criador en todas sus criaturas, que si supiéremos contemplar la fábrica del cuerpo de cada una dellas, y las habilidades que tienen para su conservacion y provision, no acabaremos de maravillarnos de la inmensa majestad y sabiduría de quien las formó. La verdad desto se ve en todos los animales de quien hasta aquí habemos tratado, y en cuantos otros hay, si hubiere ojos para saber mirarlos. Mas á todo lo dicho hacen ventaja dos animalillos que entran en la cuenta de los más pequeños, que son el gusano que hila la seda, y la abeja que hace la miel: de los cuales trataremos aquí, como de cosa más admirable que todas las pasadas. Porque (comenzando por el gusano que hila la seda) ¿no es cosa de grande admiracion, que un gusanillo tan pequeño hile una hilaza tan sutil y tan prima, que todas las artes é ingenios humanos nunca hasta hoy la hayan podido imitar? ¿No es maravilla haber dado el Criador facultad á este animalillo para dar materia á toda la lozania del mundo, que es al terciopelo, al tafetan, al damasco, al carmesí alibajo para vestir los nobles, los grandes señores, los reyes y emperadores, y diferenciarlos con la hermosura deste hábito del otro pueblo menudo? ¿No es cosa de admiracion, que no haya tierra de negros, ni region tan bárbara y tan apartada donde no procuren los reyes de autorizarse con la ropa que se hace por la industria destes gusanillos? Y no solo la gente del mundo, mas también las iglesias, y los altares, y los sacerdotes, y las fiestas y oficios divinos se celebran y autorizan con este mismo ornamento.

Pues ¿qué diré de las abejas, que con tener menores cuerpos, proveen de un licor suavísimo y muy saludable á todo el mundo, que es la miel, la cual sirve para dar sabor á todos los manjares, para provision de las boticas, para remedio de los estómagos flacos, y para tantas diferencias de conservas que se hacen con ella? Pues ¿cuán provechosa es también la cera que ellas fabrican junto con la miel? Con ella resplandescen los altares, con ella se autorizan las procesiones, della se sirven las cofradías, con ella se celebran los enterramientos, y con ella se honran las mesas de los grandes señores y de los reyes. Y todo esto hace un animalillo poco mayor que una mosca. ¿Quién creyera estas dos cosas, si nunca las hubiera visto, mayormente si le contaran el concierto que guardan estos animalillos en su manera de república y órden de vida? ¡Oh, gran Dios, y cuán admirable sois, Señor, en todas vuestras obras, así en las de naturaleza, como en las de gracia! Y no es esto de espantar, pues las unas y las otras son vuestras, y ambas hijas de un mismo padre, y por esto se parecen tanto las unas con las otras. Vemos en las obras de gracia que escogéis los más flacos (a) instrumentos del mundo para hacer cosas admirables. Con doce pescadores convertistes el mundo: con el brazo de una mujer destruíste todo el poder de los asirios (b): con los mozos de espuelas de los príncipes de Israel, desbarataste el ejército del rey de Siria (c): con una honda y un cayado, hecistes que venciese un pastorcico (d) á un gigante armado de todas armas (e); y con la quijada de una bestia hecistes que

(a) Marc. 5. Luc. 6. (b) Iudith. 13. 14. (c) 3. Reg. 20. (d) 1. Reg. 17. (e) Iudicam, 15.

guna maroma, y así prenden la caza. Donde es mucho para considerar el puesto y lugar en que se ponen, que es en el punto ó centro de aquella circunferencia, adonde van á fenecer y juntarse todas las líneas que ella tiene echadas al derredor. De donde viene á ser, que en ninguna dellas puede tocar la mosca, que ella en ese punto no lo sienta, y corriendo por la misma línea, no la prenda. ¿Cuántas cosas hay aquí que considerar, y en que ver el artificio de la divina Providencia? ¿Qué red tan perfecta? ¿Qué hilos tan delicados? ¿Qué cerco tan proporcionado? ¿Qué puesto tan bien escogido para la caza? Mas todo esto á mí se dice, conmigo habla, porque lo demás, poco caso había de hacer el Criador de las arañas.

Otras hay que hacen su nido debajo de la tierra: el cual emparamentan al derredor con muchas telas, unas sobre otras, para que la tierra que se podría desmoronar no ciegue su casa, y las entierre vivas. Pero otra cosa hay en ellas más para notar, y es, que hacen un tapadero con que cubren la boca deste nido, que será de la hechura de un medio bodeque, y hácenlo de un poquito de tierra, vistiéndolo de tantas telas ó camisas al derredor, que viene á ajustarse con la boca dél tan perfectamente, que apenas se diferencia de la otra tierra vecina. Y (lo que es de más admiracion y artificio) estas camisas se prenden y continúan por una parte con las otras telas de que todo el nido está vestido. De suerte, que sirve este prendedero como de un gonce, para que esté continuada la tela desta compuerta por una parte con las de dentro. Pues ¿quién pudo enseñar á este animalejo á guarnecer y entapizar su casa, y ponerle sus puertas con tan gran primor, sino quien lo pudo criar? Dirá alguno, muy menudas son estas cosas que tratáis, habiendo tomado á cargo tratar de la criacion del mundo. A eso responde Aristóteles en su libro de los animales, diciendo que en los más pequeños dellos resplandescen una semejanza de entendimiento, que en los otros. De modo que cuanto ellos son menores y más viles, tanto más declaran la omnipotencia y sabiduría de aquel Señor que en tan pequeños corpezuelos puso tan extrañas habilidades; y tanto más declaran las riquezas de su providencia, pues no falta á tan viles y pequeñas criaturas en todo aquello que es necesario para su conservacion. Por donde entenderemos cuánto mayor cuidado tendrá de proveer á las cosas mayores, quien tan grande lo tiene de las menores, y tanto menores.

Y no es menos de notar de la manera que unas arañas tamañas como unas moscas, cazan las mismas moscas, sin tener alas como ellas. Porque cuando ellas están paradas, acométenlas á traicion, llegándose á ellas poco á poco por las espaldas; mas con tal aviso, que cuando la mosca se menea, ella le hurta la vista con gran lijereza; y cuantas veces se menea, tantas hace lo mismo; pero de tal manera, que hace de una via dos mandados; porque húrta la vista, y siempre acercándose á ella, hasta que finalmente llega á estar tan cerca, que de un salto da con ella, y la prende y come. Cosa es esta que muchos la están mirando, no sin gusto y admiracion de la industria y arte del cazador; y hasta Sant Augustin (m) cuenta esto de sí en sus confesiones.

(m) Lib. 10. cap. 55.

matase Sanson no ménos que mil filisteos. Estas son vuestras obras, estas vuestras maravillas: acabar cosas tan grandes con tan flacos instrumentos. Y esta misma órden que guardais en las obras de gracia, guardais tambien en las de naturaleza, pues ordenastes que destos dos tan viles animalillos, el uno proveyese á los reyes y grandes señores de riquísimos vestidos, y el otro del mas dulce de los manjares. Porque cuanto estos animalillos son mas pequeños y viles, y su fructo mas excelente, tanto mas nos descubris la grandeza de vuestra gloria.

CAPITULO XX.

De la república y órden de las abejas.

Si nos pone en admiracion el fructo de las abejas, muy mas admirable es la órden y concierto que tienen en su trato y manera de vida. Porque quien tuviere conocimiento de lo que gravísimos autores escriben dellas, verá una república muy bien ordenada, donde hay rey, y nobles, y oficiales que se ocupan en sus oficios, y gente vulgar y plebeya que sirven á estos, y donde tambien hay armas para pelear, y castigo y penas para quien no hace lo que debe. Verá otrosí en ellas la imágen de una familia muy bien regida, donde nadie está ocioso, y cada uno es tratado segun su merecimiento. Verá tambien aquí la imágen de una congregacion de religiosos de grande observancia. Porque primeramente las abejas tienen su perlado ó presidente, á quien obedescen y siguen. Viven en comun sin proprio, porque todas las cosas entre ellas son comunes. Tienen tambien sus oficios repartidos en que se ocupan. Tienen sus castigos y penitencias para los culpados. Comen todas juntas á una misma hora. Hacen su señal á boca de noche al silencio, el cual guardan estrechísimamente, sin oírse el zumbido de ninguna dellas. Hacen otra señal á la mañana para despertar al comun trabajo, y castigan á las que luego no comienzan á trabajar. Tienen sus celadores que velan de noche, para guardar la casa, y para que los zánganos no les coman la miel. Tienen sus porteros á la puerta para defender la entrada á los que quisieren robar. Tienen tambien sus frailes legos, que son unas abejas imperfectas, que no hacen cera ni miel; mas sirven de acarrear mantenimiento y agua, y de otros oficios necesarios y bajos. Todo esto trazó y ordenó aquel soberano artífice con tanta órden y providencia, que pone grande admiracion á quien lo sabe contemplar. Escríbese de la reina Sabá (a), que viendo la órden y concierto de la casa de Salomon, que desfallecia su espíritu viendo las cosas tan bien ordenadas por la cabeza y traza deste gran rey. No es mucho de maravillarse que un hombre, que excedía á todos los hombres en sabiduría, hiciese cosas dignas de tan grande admiracion; mas que un animalillo tan pequeño haga las mismas cosas tan bien ordenadas en su manera de vida, eso es cosa que sobrepuja toda admiracion, puesto caso que la costumbre cotidiana de ver estas cosas, les quita gran parte della. Plinio (b) escribe que Aristómaco Solense se maravillaba y deleitaba tanto en contemplar las propiedades de las abejas, que por espacio de cincuenta y ocho años ninguna otra cosa mas principalmente hacia, que está. Y de otro insigne hombre escribe, que moraba en los campos par de las colmenas, por mejor alcanzar las propiedades

(a) 3. Reg. 10. (b) Plin. lib. 8.

y secretos destos animalillos: los cuales ambos escribieron muchas cosas que alcanzaron con esta tan larga experiencia y diligencia.

Yo aquí recopilare lo que dos graves autores, Plinio y Eliano, escriben desta materia; en la cual ninguna cosa hay que no sea admirable, y que no esté dando testimonio de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano que todo esto hizo. Y pido al cristiano lector, que no tenga por increíbles las cosas que aquí se dijeren, considerando por una parte la autoridad y experiencia de los que las escribieron, y por otra, que no son tanto las abejas las que esto hacen, quanto Dios, que quiso dársenos á conocer obrando en ellas todas estas maravillas. Mas el sentimiento desto remito á la devocion y prudencia del lector. Porque si con cada cosa destas hubiese de juntar su exclamacion, hacerseía un tratado muy prolijo. Solamente diré que siendo el hombre criado á imágen de Dios, por haber recibido en su ánima aquella divina lumbré de la razon, con la cual no solo alcanza las cosas divinas, sino tambien sabe trazar una república muy bien ordenada, con todas las partes y oficios que para ella se requieren, con ser esto así, verá que todo esto que alcanza el hombre con esta lumbré divina, traza y ejecuta este animalillo muy mas perfectamente que ese mismo hombre. Esta consideracion sirva para cada una de las cosas que aquí dijéremos, acordándonos (como digo) que todo esto hace Dios para que reconozcamos su grandeza y providencia, y conforme á este conocimiento le honremos y veneremos.

Comenzaré, pues, por lo que todos sabemos. Esto es que las abejas tienen su rey, á quien obedecen y siguen por do quiera que va. Y como los reyes entre los hombres tienen sus insignias reales, que son corona y sceptro, y otras cosas tales, con que se diferencian de sus vasallos: así el Criador diferenció á este rey de los suyos dándole mayor y mas hermoso y resplandeciente cuerpo que á ellos. De modo que lo que allí inventó el arte, aquí proveyó la misma naturaleza. Nacen de cada enjambre comunmente tres ó cuatro reyes (porque no haya falta de rey si alguno peligrase); mas ellas entienden que no les conviene mas que un solo rey, y por eso matan los otros, aunque con mucho sentimiento suyo. Mas vence la necesidad y el amor de la paz al justo dolor. Porque esto entienden que les conviene para excusar guerras y divisiones. Aristóteles al fin de su *Metafisica* presuponiendo que la muchedumbre de los principados es mala, concluye que no hay en toda esta gran república del mundo mas que un solo príncipe, que es un solo Dios. Mas las abejas sin haber aprendido esto de Aristóteles, entienden el daño que se sigue de tener muchos príncipes; y por eso escogiendo uno, matan los otros, aunque no sin sentimiento y dolor. Ya en esto vemos una grande discrecion y maravilla en tan pequeño animalillo.

Escogido el rey, tratan de edificar sus casas, y primeramente dan un betúmen á todas las paredes de la casa, que es la colmena, hecho de yerbas muy amargas; porque como saben que es muy cobdiciada la obra que han de hacer de muchos animalillos, como son avispa, araña, rana, golondrina, serpientes y hormigas, quieren poner este ofensivo delante, para que exasperadas con esta primera amargura, desistan de su hurto. Y por esta misma causa las primeras tres órdenes de las casillas que están en los panares mas vecinos á la boca de la colmena, están vacíos de miel; porque no halle luego el

ladron á la mano en que se pueda cebar. Esta es tambien otra providencia y discrecion.

Hecho este reparo hacen sus casas. Y primeramente para el rey edifican una casa grande y magnífica, conforme á la dignidad real, y cercanla de un vallado como de un muro para mas autoridad y seguridad. Luego edifican casas para sí, que son aquellas celdillas que vemos en los panares, las cuales les sirven para su habitacion y para la criaçion de los hijos, y para guardar en ellas como en unos vasos la provision de su miel. Las cuales celdas hacen tan perfectas y proporcionadas, cada una de seis costados, y tan semejantes unas á otras, como vemos: para lo cual ni tienen necesidad de regla, ni de plomada, ni de otros instrumentos, mas que su boquilla y sus piececillos tan delicados: donde no sabréis de qué os hayais mas de maravillarse, ó de la perfeccion de la obra, ó de los instrumentos con que se hace. Ni se olvidan de hacer tambien casas para sus criados, que son los zánganos, aunque menores que las suyas, siendo ellos mayores.

Hecha la casa y ordenados los lugares y oficinas della, síguese el trabajo, y el repartimiento de los oficios para el trabajo, en la forma siguiente. Las mas ancianas, y que son ya como jubiladas y exemptas del trabajo, sirven de acompañar al rey para que esté con ellas mas autorizado y honrado. Las que en edad se siguen despues destas (como mas diestras y experimentadas que las mas nuevas) entienden en hacer la miel. Las otras mas nuevas y recias salen á la campaña á buscar los materiales de que se ha de hacer, así la miel como la cera. Y cada una trae consigo cuatro cargas. Porque con los piés delanteros cargan las tablas de los musillos, la cual tabla no es lisa sino áspera, para que no despidan de sí la carga que le ponen; y con el pico cargan los piés delanteros; y así vuelven á la colmena con estas cuatro cargas que decimos. Otras entienden de dos en dos ó de tres en tres en recibir á estas, y descargarlas cuando vienen. Otras llevan estos materiales á las que hacen la miel, poniéndolos al pié de la obra. Otras sirven de dar á la mano á estos oficiales para que la hagan. Otras entienden en polir y bruñir los panares; que es como encalar la casa despues de hecha. Otras se ocupan en traer mantenimientos de ciertas cosas de que ellas comen. Otras sirven de azacanes, que traen agua para las que residen dentro de la casa; la cual traen en la boca y en ciertos pelillos ó vello que tienen por el cuerpo; con los cuales viniendo mojados, refrigeran la sed de las que están dentro trabajando. Y deste oficio de acarrear agua y de traer mantenimiento sirven principalmente los zánganos. Otras hay que sirven de centinelas y guardas, que asisten á la puerta para defender la entrada á los ladrones. A todo esto preside el rey, y anda por sus estancias, mirando los oficios y trabajos de sus vasallos, y exhortándolos al trabajo con su vista y real presencia, sin poner él las manos en la obra. Porque no nació él para servir, sino para ser servido como rey. Y junto á él van otras abejas que sirven de lo acompañar como á rey.

Bien se ve por lo dicho cuán admirable sea el poder y sabiduría del Criador, en haber puesto tal órden y tal repartimiento de oficios, para proveer este tan suave y gustoso licuor á los hombres, que tantos disgustos le dan con sus malas obras. Pero aun otras maravillas añadiré á estas, de las cuales una es, que tienen dentro de las colmenas sus secretas, como las hay en los monasterios,

que es un lugar apartado, donde van todas á descargar el vientre. Porque como el Criador diputó este licuor de la miel para el mantenimiento de los hombres (muchos de los cuales son muy asquerosos), por esto ordenó que fuese purísimo y muy limpio como lo vemos. Y aun otra cosa tienen de insigne providencia, y es que los dias que no salen al campo por ser tempestuosos, tienen diputados para sacar estos excrementos de la colmena y echarlos fuera. Porque no quieren perder por esta ocasion el dia de trabajo, ni quieren estar ociosas el dia que no lo es: guardando lo que mas importa para el mejor tiempo, y lo que ménos importa para el que no es tal.

Otra maravilla y providencia se escribe dellas, no menor que esta, y es, que saben lastrarse en los dias ventosos para resistir al viento; porque toman una pedrecilla en las manos, para hacer con ella mas pesada la carga de su corpezuelo, y ménos sujeta al impetu del viento. Pues ¿quién no ve en todas estas cosas la providencia de aquel soberano presidente, que pudo igualar la prudencia destos animalillos con la de los hombres? Otra cosa tienen tambien, que si por ventura las toma la noche en el campo, duermen acostadas de espaldas, porque no se les mojen las alillas con el rocío de la mañana, y queden inhábiles para volar. ¿Qué mas diré? Comen todas á una hora, porque sea igual el tiempo de la refeccion y del trabajo. Y así tambien se recogen á dormir á un mismo tiempo, que es á boca de noche, en el cual tiempo hay grande murmullo y zumbido entre ellas. Y entónces la pregonera da tres ó cuatro zumbidos grandes, que es hacer señal para dormir; y son ellas tan observantes y obedientes, que luego súbitamente todas callan, guardando perfectamente la regla del silencio. Y cuando otro dia amanece, que es ya tiempo de trabajar, esta misma abeja da tres ó cuatro zumbidos grandes, para que despierten y vayan á entender cada cual en el oficio que le cabe; y la que empereza, y no quiere ir á trabajar, castíganla no con menor pena que con la muerte. En el rigor desta pena se ve que es mas bien regida la república de las abejas que la nuestra, que está llena de holgazanes y gente ociosa, que son peste de la república. Cuyo oficio es roer las vidas ajenas, y andar en tratos deshonestos, y trabar pasiones y ruidos, que de aquí se siguen; y otros vicios semejantes, que nascen de la ociosidad, de los cuales carecen los que no tienen mas que entender todo el dia en sus oficios.

Tienen tambien de noche sus velas, que guardan la casa para que nadie entre á hurtarles sus tesoros, mayormente los zánganos, que son ladrones de casa; los cuales sintiendo que las abejas duermen, se levantan muy callados á comer de los trabajos ajenos. Mas si las velas los toman con el hurto en las manos, castíganlos blandamente, mas no los matan, perdonándoles aquella primera culpa; mas ellos no por eso se emiendan: porque de su naturaleza son glotonos y holgazanes, que son dos males no pequeños. Y por esto cuando las abejas salen al campo, ellos se quedan escondidos en casa (porque cuanto son mas cobardes y mas desarmados, tanto usan de mas ruindades y mañas), y entónces se entregan á su placer en los panares. Y volviendo las abejas, y viendo el estrago hecho en su casa, ya no usan con ellos de clemencia, sino dan en ellos con coraje y braveza, y mátanlos. Y así como en estos ladrones y holgazanes guardan rigor de justicia, así usan de gran caridad con sus hermanas las enfermas. Porque las sacan al rayo del

sol á la boca de la colmena, y tráenlas allí de comer, y acompañanlas, y á la noche métenlas dentro porque no les haga mal el sereno. Y mientras que están dolientes, no consienten que trabajen hasta que sean restituidas á sus primeras fuerzas. Y si mueren, acompañanlas, y sácanlas fuera para darles lugar de sepultura. Parecerá á alguno que cuento aquí patrañas. No cuento sino cosas referidas por gravísimos autores, ó por mejor decir, no cuento sino alabanzas de aquel Señor, que como pudo dar de comer sin pan á los hijos de Israel en el desierto, así es poderoso para hacer que estas criaturillas, que carecen de razon, hagan todas sus cosas tan perfectamente como los hombres que la tienen, y aun pasan adelante, como luego dirémos.

Cuando se han de mudar para otro lugar, no han de dar paso sin su rey. Todas le toman en medio para que no sea fácilmente visto, y todas procuran acercarse mas á él, y mostrársele mas serviciales. Y si es ya viejo, que no puede así volar, tómanlo sobre sus hombros, y así lo llevan. Y donde él asienta, allí todo el ejército se asienta. Y si por caso desaparece, y se desmanda dellas, búscanlo con grande diligencia, y sácanlo por el olor, que tienen muy vivo, y restitúyenlo á sus vasallos. Porque faltando él, todo el ejército se derrama y se pierde. No se ha sabido hasta agora si tiene aguijon ó no; mas lo que se sabe es, que si lo tiene, no usa dél, por ser cosa indigna de la majestad real ejecutar por su persona oficio de verdugo: entendiendo el primor que los filósofos enseñan, diciendo, que los reyes han de hacer por sí los beneficios, y por otros ejecutar los castigos; y que ninguna cosa adorna mas el estado de los reyes que la clemencia, y ninguna los hace mas amables, y asegura mas sus estados y sus vidas. Y por esta virtud las abejas son tan amigas de su rey, y tan leales, que si él muere, todas lo cercan, y acompañan, que ni quieren comer, ni beber; y finalmente, si no se le quitan delante, allí se dejarán morir con él. Tanta es la fe y lealtad que tienen con su rey.

Ni dejó el Criador á este animalillo desarmado, ántes segun la cantidad de su cuerpo, no hay armas mas fuertes que las suyas: que es aquel aguijon, con que pican y hieren á los que vienen á hurtar. Porque como tienen á cargo tan gran tesoro y cobdiciado de tantos, era razon que quien las crió, les diese competentes armas para defenderlo. Y por esta misma causa tienen velas á la puerta, porque ninguno entre á hurtar sin ser sentido, y resistido en la manera que les es posible.

No salen al campo en todos los tiempos del año, sino cuando hay en él flores; porque de todo género de flores se aprovechan para su oficio. Mas en tiempo de frios y nieve están quedas en su casa, manteniéndose en el invierno de los trabajos del verano, como hacen las hormigas. No se desvían de la colmena mas que sesenta pasos, y este espacio agotado envían sus espías adelante para reconocer la tierra, y darles nuevas del pasto que hay. Y porque no faltase nada en que dejasen de imitar estos animales á los hombres, así en lo bueno como en lo malo, tambien pelea un ejambre con otro sobre el pasto; aunque mas sangrienta es la pelea cuando les falta el mantenimiento, porque entónces acometen á robar las vituallas unas á otras. Y para esto salen los capitanes con sus ejércitos, y pretendiendo unos robar y otros defender, trábase entre ellos una cruda batalla, en la cual muchas mueren. Tan poderosa es la necesidad, que hace despreciar todas las leyes de humanidad y justicia.

Todo cuanto hasta aquí habemos dicho es una manifestacion de la policia y prudencia humana. Y si nos pone admiracion hacer estos animalillos lo que hacen los hombres, cuánto mayor nos la debe poner, saber ellos algo de lo que sabe Dios. Porque solo él sabe las cosas que están por venir; y esto tambien saben estos animalitos en las cosas que pertenecen á su conservacion. Porque conocen cuando ha de haber lluvias y tempestades ántes que vengan; y en estos tiempos no van léjos á pacer, sino andan con su zumbido al derredor de la colmena. Lo cual visto por los que tienen cargo dellas, suelen dar aviso á los labradores de la mudanza del tiempo, para que conforme á ella se reparen y provean. En lo cual ya vemos cuán inferior queda el saber de los hombres al de las abejas; pues ellas alcanzan lo que no alcanzan los hombres. Pues luego quién tendrá por cosa increíble imitar las abejas lo que hacen los hombres; pues hay cosas en que pasan adelante, sabiendo lo futuro, que es propio de Dios.

Mas lo que me hace en esta materia quedar atónito, es el fruto de la miel, á quien todas estas habilidades susodichas se ordenan. Porque vemos cuántas diligencias y instrumentos se requieren para hacer una conserva de cidras ó de limones ó cualquiera otra. Porque para esto es menester fuego, y un cocimiento, y otro cocimiento, y vasos, y instrumentos que para esto sirven, y oficiales diestros en este oficio. Pregunto pues agora: ¿qué instrumentos tiene este animalillo tan pequeño, sino unos picillos tan delgados como hilos, y un aguijoncillo tan delgado como ellos? Pues ¿cómo con tan flacos instrumentos, y sin mas cocimientos ni fuego hacen esta tan dulce conserva, y esta transformacion de flores en un tan suave licuor de miel, á veces amarillo como cera, á veces blanco como la nieve; y esto no en pequeña cantidad, cual se podia esperar de un animalillo tan pequeño, sino en tanta cantidad, cuanta se saca en buen tiempo de una colmena? ¿Quién enseñó á este animal hacer esta alquimia, que es convertir una substancia en otra tan diferente? Júntense cuantos conserveros hay con toda su arte y herramienta, y con todos sus cocimientos, y conviértanme las flores en miel. No solo no ha llegado aquí el ingenio humano, mas ni aun ha podido alcanzar cómo se haga esta tan extraña mudanza. ¿Y quieren los hombres locos escudriñar los misterios del cielo, no llegando todo el caudal de su ingenio á entender lo que cada dia ven á la puerta de su casa!

Ni tampoco carece de admiracion ver cómo de aquella carga que traen en piés y manos, una parte gastan en hacer cera y otra en miel. ¿Cómo hacen cosas tan diferentes de una misma materia, como son miel y cera? Y si hay en ella partes diferentes; ¿quién les enseñó esta diferencia tan secreta que nosotros no vemos? ¿Quién les mostró lo mas sutil para la miel y lo mas grueso para la cera? ¿Qué no podrá hacer quien esto supo hacer? Verdaderamente admirable es aquel soberano Hacedor en todas sus obras, y no ménos en las pequeñas que en las muy grandes.

Pues ¿qué resta aquí sino dar gracias al Criador, que de todas estas tan extrañas habilidades proveyó á estos animalitos; no tanto para ellos como para nosotros, que gozamos del fruto de sus trabajos. Mas los hombres son de tal cualidad, que gozan deste fruto; mas ni dan gracias por él, ni en él contemplan la grandeza del poder y sabiduria del Criador, que en tan pequeña cabeza

puso tan grande arte y saber. Lo cual no llamó el Ecclesiástico, cuando dijo que con ser tan pequeña la abeja entre las cosas que vuelan (c), el fruto de sus trabajos es principio de toda dulzura. Y por eso dije al principio, que andando nadando los hombres entre tantas maravillas de Dios, ni tenemos ojos para verlas, ni oídos para oír lo que callando nos predicán, ni corazones para levantar nuestro espíritu al conocimiento del Hacedor por el artificio admirable de sus hechuras.

CAPITULO XXI.

De los gusanos que hilan la seda.

Son tan admirables las obras de aquel soberano artífice, que parece competir las unas con las otras, sobre cuál dellas será mas admirable; porque todas ellas, cada cual en su manera lo son, y en esta cuenta entra el gusano que hila la seda. Del fruto dél ya dijimos cómo toda la lozania del mundo, y todo el ornamento de las iglesias es obra deste animalillo; mas del artificio con que la hila, escribió en verso dos libros Hierónimo Vidas, poeta elegantísimo. La summa de lo que él allí dice, referiré aquí. Estos gusanos se engendran de unos huevecillos muy pequeños, que la hembra dellos pone; los cuales puestos al sol, ó metidos en los pechos, con cualquiera destes calores, en ménos espacio que tres dias se animan, y reciben vida con todos los sentidos que para ella se requieren. Lo cual alega Sant Basilio (a) para hacernos creible por este ejemplo el misterio de la resurreccion general. Porque quien puede dar vida á una semilla tan pequeña en tan breve espacio, tambien la podrá dar á los polvos y huesos de nuestros cuerpos, donde quiera que estuvieren. Nacidos estos animalillos, luego comienzan á comer con grande hambre, y comiendo crecen, y se hacen mayores. Y habiendo ya comido algunos dias, duermen, y despues de haber dormido su sueño (en el cual se digiere, y convierte en su substancia aquel mantenimiento) despiertan, y vuelven á comer con la misma hambre y agonía. Y el ruido que hacen cuando comen, tronchando la yerba con sus diente-cillos, es tal, que se parece con el ruido que hace el agua cuando llueve encima de los tejados. Esto hacen tres veces; porque tantas comen, y tantas duermen, hasta hacerse grandes. Hechos ya tales, dejan de comer, y comienzan á trabajar, y á pagar á su huésped el escote de la comida. Y para esto levantan los cuellos, buscando algunas ramas donde puedan prender los hilos de una parte á otra, los cuales sacan de su misma substancia. Y ocupada la rama con esta hilaza, comienzan luego á hacer en medio della su casa, que es un capullo. Porque juntando unos hilos con otros, y otros sobre otros, y estos muy pegados entre sí, vienen á hacer una pared tan fija y firme, como si fuese de pergamino. Y así como los hombres despues de fabricadas las paredes de una casa la encalan, para que estén lisas y hermosas; así ellos fabricada esta morada, la bruñen toda por dentro con el hociquillo que tienen sobre la boca muy liso, y muy acomodado para este efecto, con lo cual queda el capullo tan teso, que echándolo en agua, anda nadando encima, sin ser della penetrado. Y esto es una singular providencia del Criador; porque á no ser así, todo este trabajo fuera sin fructo. Porque desta manera, estando el capullo entero y teso, echándolo en agua caliente, se puede muy bien recoger el hilo, despidiéndose

(c) Eccl. 11. (a) Basil. in Examer.

y despegándose con el calor un hilo de otro, lo cual no se pudiera hacer, si el capullo se penetrara del agua, y se esponjara con ella. Con esta agua herviendo muere el oficial que fabricó aquella casa, y este es el pago que se le da por su trabajo. Mas á los gusanos que quieren guardar para casta, no hacen este agravio. Mas ellos no sufriendo tan estrecho encerramiento, abren con sus boquillas un portillo por donde se salen, y salen ya medrados y acrecentados, porque salen con unos cuernecillos y alas, hechos ya de gusanos aves. Hay entre ellos machos y hembras; y con ser todos tan semejantes entre sí, conocen los machos á las hembras, y júntanse por las colillas con ellas, y perseveran en esta junta por espacio de cuatro dias. En lo cual parece tener en cuerpos tan pequeños sus sexos distintos, como machos y hembras. Acabados estos dias el macho muere, y la hembra pare aquellos hovecicos que al principio dijimos, y esto hecho, ella tambien muere, dejando aquella semilla con que despues torne á renovar y resuscitar su linaje. En lo cual se ve cómo para solo este fin crió la divina Providencia este animalico; pues acabado este oficio, sin que los mate nadie, ellos á la hora mueren, testificando con su natural y acelerada muerte, que para solo este oficio fuéron criados: el cual acabado, acaban juntamente con él la vida.

En esta obra se ve claro cómo todas las cosas crió aquel soberano Señor para el hombre; pues éstos animales tan provechosos para nuestro servicio, no nacieron ni vivieron para sí, sino para el hombre, pues acabado este servicio, acabaron juntamente con él la vida. Donde parece que con su acabamiento están diciendo al hombre: yo no nací ni viví para mí, sino para tí; y por eso, fenecido este servicio, me despido de tí. Y esto aun se ve mas claro porque aquella casa que estos animalillos con tanto trabajo fabricaron, no sirve para su habitacion, sino para el hombre, pues acabándola de hacer, luego la aportillan y la desamparan, sin usar mas della: como edificio que no fabricaron para sí, sino para nosotros. En lo cual se ven las riquezas y el regalo de la divina Providencia: la cual no contenta con haber proveido para nuestro vestido la lana de las ovejas, y los cueros de los animales, con otras cosas tales, quiso tambien proveer esta tan preciosa y tan delicada ropa para quien della tuviese necesidad.

Y es aquí mucho para considerar, que siendo los hilos deste capullo mas delgados que los cabellos, y hechos de una materia tan delicada y flaca, como es el humor y babas destes gusanos, vienen á ser tan recios que se pueden fácilmente recoger, y devanar, y tejer, y pasar por mil martirios, ántes que se haga la seda dellos: para que se vea cuán admirable y cuán proveido sea aquel celestial maestro en todas sus obras. Y no ménos declara él aquí la grandeza de su poder, pues dió habilidad á un gusanillo que en dos dias nace, y dos meses vive, para hacer una obra tan preciosa y tan delicada, que todos los ingenios humanos no acertaran á hacerla.

Mas entre estos no dejaré de referir aquí á Plinio, el cual tratando destes animalillos dice, que de la ropa que se hacia de seda, y de hilos tan delgados, se servian antiguamente solas las mujeres, y despues vinieron tambien los hombres á usar della, los cuales estaban tan acostumbrados de traer vestidas las lorigas, que no podian sufrir estas comunes vestiduras, y por eso vinieron á tomar las de las mujeres.

§. ÚNICO.

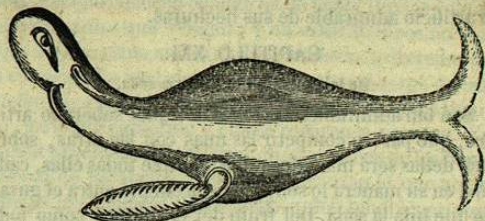
De otros animalillos pequeños, y nocivos al hombre.

Al fin deste capítulo (donde hemos tratado destes animalillos pequeños) preguntará alguno, por qué causa el que todas las cosas crió para servicio y bien del hombre, crió muchos destes animalillos, que no solo no sirven al hombre, mas ántes lo molestan y maltratan, como son las moscas, los mosquitos, las pulgas y otros semejantes, que ese pedazo de tiempo del sueño, en que descansamos de los cuidados y trabajos del día, muchas veces nos lo impiden, y nos desvelan y quitan este poco de reposo. A eso respondo, que así como todas las penalidades, y trabajos, y fatigas desta vida junto con la muerte, nos vinieron por el primer pecado (en que todos los hijos de aquel primer hombre fuimos comprendidos): así tambien las plagas destes animalillos nos vinieron por él, y muy justamente. Porque así como el hombre (que comparado con Dios es ménos que una pulguilla ó un mosquito) se levantó contra Dios, y le desobedeció: así quiso él que el mosquito, y la pulga, y otros semejantes animalillos se levantasen contra él, y lo molestasen y humillasen: visto que tan viles criaturas eran poderosas para inquietar una criatura tan generosa como es el hombre, sin ser él parte para defenderse dellas. Mas en todo es Dios bueno, en todo misericordioso. Porque esta pena de tal manera es pena, que tambien es medicina; porque así esta, como otras infinitas miserias y penalidades desta vida, son como acibar que nos pone nuestro celestial Padre en los pechos y leche deste mundo, para que lo despreciemos y aborrezcamos, y nos lleguemos á los pechos de aquel Señor: los cuales hallaba la Esposa mas suaves que el vino (b), esto es, que todos los deleites del mundo. Lo cual es en tanto grado verdad, que pudo decir Enquerio, que no sabia cuál era mayor motivo para traer los hombres á Dios, ó la amargura de los males con que este mundo nos azota, ó la dulzura de los bienes con que nuestro Padre celestial nos convida.

Y pues habemos ya declarado en este capítulo cuán admirable sea Dios en la fábrica destes animalillos tan pequeños, razon será declarar tambien cuánto lo sea en la fábrica de los grandes; para que así se vea cómo en todas sus obras, así grandes como pequeñas es admirable, y se entienda con cuánta razon respondió aquel Angel á quien le preguntaba por su nombre, diciendo (c): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Para esto pudiera traer aquí aquellas dos fieras bestias, cuya grandeza el mismo Criador describe en el capítulo 40 y 41 del Santo Job (d) debajo destes nombres Behemot, y Leviatan. Y asimismo la de las ballenas, que es muy notoria. Mas dejado esto aparte referiré aquí la grandeza extraña de un pece que el año de mil y quinientos y setenta y cinco, á veinte y dos dias de abril, vino á la playa de Peniche, el cual echó la mar en tierra ya muerto. Fué esta una de las cosas grandes que se vieron; porque tenia cuarenta cobdos de largo, y el cuero por el lomo era prieto, y por la barriga blanco, y lo largo de la cola de punta á punta era de cinco cobdos, y de anchura tenia quince palmos. Era tan corpulento, que de una banda á otra apenas se veian dos hombres de grande estatura. Los ojos tenia cada uno un cobdo de largo. Y es de notar, que la cabeza tenia levantada cuatro cobdos

(b) Cantic. 1. (c) Genes. 32. Judic. 13. (d) Job. 40, 41.

en alto, y la boca no la tenia en la cabeza, como los otros peces, sino en la barriga. Los colmillos era cada uno de ocho cobdos. Tenia tambien en la boca diez y seis dientes de cada banda, y cada diente tenia medio cobdo en redondo, y de un diente á otro habia un palmo de anchura. La figura dél quise poner aquí, la cual se trajo al rey Don Enrique, que es en gloria.



En la fábrica deste pece se debe notar el artificio de la divina Providencia, porque la cabeza levantó en alto para que estuviesen los ojos en ella como en una atalaya, para ver los peces de que esta bestia se habia de mantener. Y porque la distancia de la cabeza al agua era grande, proveyó que la boca estuviese en lo bajo, para estar mas cerca, y mas á punto de pescar lo que los ojos dende su atalaya le descubriesen. Tambien he oido que este pece tiene en la barriga un unto, que es muy medicinal y de grande precio.

CAPITULO XXII.

De otras propiedades muy notables de diversos animales.

Despues destes cinco capítulos en que se llevó alguna orden en tratar esta materia, añadiré este en que se contarán algunas cosas extraordinarias de los animales: para que así en estas como en las ya dichas veamos los resplandores y la sabiduría de aquella mano poderosa que hinchó todo este mundo de maravillas, y de tantos testigos y predicadores de su gloria cuaptas criaturas hay en él; porque la insensibilidad de nuestro corazón de todos estos testimonios tenia necesidad.

Y comencemos primero por una cosa tan rara y tan extraordinaria como es el ave fénix, cuya naturaleza describe Sant Ambrosio por estas palabras (a): Esta ave dicen que habita en la region de Arabia, y que llega á quinientos años de vida. La cual sintiendo que se acerca el fin de sus dias hace una como sepultura, ó arca de encienso y mirra y otras cosas olorosas, y entra en medio della, y allí muere; y de la carne de su cuerpo muerto nasce un gusano, el cual poco á poco va creciendo hasta llegar á tener alas como el ave de cuyas carnes se engendró; y así viene á renovarse, y cobrar la misma forma y figura que en su origen tenia. Confirmanos esta ave en la fe de nuestra resurrección: la cual quiso la divina Providencia que esperásemos y creyésemos. Y para esto ordenó que esta ave tuviese esta tan nueva manera de restituirse, para confirmarnos en esta fe. De modo que esta novedad para nosotros es, y con nosotros habla; pues no fué criado el hombre por amor de las aves, sino las aves por amor del hombre. Sirvenos pues este ejemplo para que entendamos que no ha de consentir el Criador que sus sanctos eternalmente perezcan; pues no consintió que muriendo este ave, del todo pere-

(a) Exame. lib. 5, cap. 23. tom. 1.

ciere. Pues ¿quién, veamos, fué el que denunció á este ave el dia de su muerte para que ella hiciese su sepulcro, y lo hinchiese de suaves olores, y entrase en él, y allí acabase su vida, donde con la suavidad de los buenos olores se quitase el mal olor de la carne podrida? Lo dicho es de Sant Ambrosio. Pues por este ejemplo entenderemos cuántas y cuán diferentes maneras tiene la divina sabiduría para conservar las especies de sus criaturas; pues aquí usa desta tan nueva y tan extraordinaria manera, y esta acompañada con tan nuevas circunstancias como está declarado. Y no ménos se debe notar aquí, que siendo cosa natural criarse muchos gusanos en las carnes podridas, desta no nace mas que uno, para que una sola sea el ave fénix. Y á este ave no acertó á tirar ningun cazador ni ballestero, ni acertarán jamás: porque aquí suplirá la divina Providencia, para que nunca falte en el mundo la especie que él crió, aunque no haya en ella mas que solo un individuo.

Pasemos de aquí á los animales que conoscemos, en muchos de los cuales la divina bondad, amadora de la virtud, nos da ejemplos de muchas virtudes. Porque para movernos á amar y socorrer á nuestros prójimos en sus necesidades (que pertenece á la virtud de la caridad) alega Eusebio Emiseno el ejemplo de los ciervos: los cuales para pasar á nado algun gran rio, se ponen todos en una hilera, y cada uno para alivio del trabajo lleva puesta la cabeza sobre las ancas del que va delante, y así se ayudan unos á otros; solo el que guia la procesion lleva la cabeza en el aire, sufriendo este trabajo por aliviar el de sus compañeros. Mas despues de cansado, de primero se hace postrero, y el que iba tras él sucede en el oficio con la misma caridad. Y si así se ayudasen los prójimos unos á otros, ¿cuánto mas descansada sería nuestra vida?

Otro ejemplo hay de caridad semejante á este, que notó Aristóteles, de las grullas, de que Tulio hace mucho caso. El cual dice que cuando las grullas caminan por la mar á buscar lugares calientes, hacen volando la forma de un triángulo, con el cual cortan y dividen el aire que les es contrario, ayudándose de las alas como de remos, para proseguir su camino. Y para mayor descanso, las que van detras inclinan sus cabezas en las espaldas de las que van delante. Y porque la que va en la delantera guiándolas no tiene sobre quién recline su cabeza, cuando se cansa vuélvese á las espaldas, y de primera hácese postrera, para tener sobre qué descance, y la que estaba á par della sucede en el mismo cargo.

Ni aun á los lobos (con ser animales tan infieles) falta otra industria semejante; porque á todo proveyó aquel divino presidente. Pues cuando ellos pasan algun rio impetuoso, porque la corriente no los lleve tras sí, ásen se con la boca fuertemente á las colas unos de otros, y así juntas como en un escuadron las fuerzas de todos, resisten á la corriente y pasan seguros. Este mismo ejemplo de caridad tenemos en otros animales, aunque fieros, que se regalan y lamen las llagas unos á otros, como hacen los bueyes, los perros, los gatos, los leones y los osos. Y asimismo se rascan unos á otros, cuando ellos no lo pueden hacer por sí. Acerca de lo cual no dejaré de contar lo que vi en dos animales indignos de ser aquí nombrados: de los cuales el uno con sus colmillos y dientes rascaba todo el cuerpo del otro de cabo á cabo. Y el que recibia este beneficio parece que tenia gran comezon en una pierna, la cual él extendió hácia

fuera. Y el bienhechor, entendiendo lo que esto significaba, acudió luego á esta necesidad, y rascóle aquella pierna. Y hecho esto, el bienhechor, queriendo recibir el mismo beneficio, se tendió, poniendo las manos y el hocico en tierra, y entónces el que lo habia recibido le satisfizo con el mismo oficio, pagando en la misma moneda la buena obra recibida. Pues ¿qué es esto sino un grande ejemplo con que el Criador condena la poca caridad y agradecimiento de los hombres? ¿Qué es esto sino abrir nuestras bocas para que considerando hasta dónde se extiende su providencia (b), digamos con los serafines, que el cielo y la tierra están llenos de su gloria?

Pasemos de la caridad á la castidad, de la cual tenemos ejemplo en otros animales. Escribe Eliano que el rey de los scitas tenia una hermosísima yegua y un caballo muy generoso, hijo della. Y no hallándose caballo tan castizo como este para echar á la yegua, acordaron de cubrir de tal manera la madre, que el hijo no la conociese, y así pudiese haber della generacion. Esto hecho, como ellos quitadas las cubiertas conociesen el incesto cometido, ambos se despeñaron y mataron. En lo cual se ve cuán arraigada quiso el Criador que estuviere en nuestros corazones la ley de la honestidad, pues aun en los brutos animales la quiso imprimir (c). No fué tan casta la reina Semíramis, madre de Nino, rey de Babilonia; mas él le dió con la muerte el pago que tal propósito y tal maldad merecia. Semejante ejemplo es (d) el que el mismo autor cuenta de un camello y de su madre dél; porque el pastor que los guardaba cubrió la madre de tal manera, que el hijo no la conociese. Mas despues que quitada la cubierta el hijo conoció el incesto cometido, se embraveció contra el pastor de tal manera, que arremetió á él, y con los dientes y con los piés lo hizo pedazos, y él mismo, embravecido tambien contra sí, se mató y despeñó. Porque es cosa cierta que nunca el camello se junta desta manera con su madre. Y aun otra honestidad tiene, segun el mismo autor refiere, que nunca toma á la hembra en presencia de quien lo vea, sino en escondido; como tambien lo hace el elefante. En lo cual muestra este animal mas honestidad y vergüenza que los pueblos de los masagetas, los cuales llegaron á tal extremo de desvergüenza, que usan públicamente de sus mujeres. En lo cual se ve que los hombres bárbaros y sin conocimiento de Dios, llegan de lance en lance á destruir de tal manera los dotes de naturaleza, que vienen á hacerse mas bestiales que los brutos animales.

Y no es menor ejemplo de castidad el de la tórtola: la cual, despues de muerto el marido, permanece en perpetua viudez, sin admitir otro. Sobre lo cual dice Sant Ambrosio (e): Aprended de aquí, mujeres, cuánta sea la gracia y honra de la viudez; la cual aun en las aves es alabada. ¿Pues quién, dice este Sancto (f), dió esta ley á las tórtolas? Si busco hombres, no los hallo; porque ningun hombre dió esta ley á las mujeres, pues ni Sant Pablo se atrevió á darla. Antes dice (g): Bueno es á las mujeres permanecer en castidad; mas si esto no pueden hacer, cásense; porque mas vale que se casen que no que se abrasen. Desea Sant Pablo en las mujeres lo que en las tórtolas persevera (h). Y en otro lugar acon-

(b) Cant. Ambros. et Aug. (c) D. Aug. de Civit. Dei, lib. 18, c. 2, tom. 5. (d) Lib. 5, c. 22. (e) Ambros. lib. 3. Epistolar. ep. 25, tom. 5. (f) In Exam. lib. 5, c. 19, tom. 1. (g) 1. Cor. 7.

(h) 1. Tim. 5.